**Galería de personajes. Cela, el censor**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático de Lengua española

Se acababa de levantar de la siesta, las seis de la tarde, esas siestas de pijama y orinal. Mal humor, cariacontecido. Camino de la cocina. Era Camilo José Cela Trulock. En mis años de formación aprendí a amar la literatura, a describir leyendo “El viaje a la Alcarria”, como también me aficioné al ensayo con la lectura de “Castilla” de Azorín, o a narrar con la “La sombra del ciprés es alargada” de Delibes. He oído resonar en la cocina un eructo o quizá un pedo. Ese ruido me recuerda que los de la generación del 27 se entretenían apagando velas a base de cuescos. Decía Villalonga en 1945 que le profesaba a Cela una antipatía intuitiva, a pesar de ser el mejor novelista español del siglo XX. Dice José María Carrascal que la concesión de premios Nobel de Literatura a españoles ha seguido la táctica de lo conveniente política pero no literariamente: «Posiblemente Cela lo mereciese más que la mayoría de los candidatos, pero menos que otros. A lo que debe añadirse, y puede ser lo más indigno, la querencia hacia la izquierda de la institución, como corresponde a un país tan progresista como Suecia». Está claro que era un hombre del régimen, por tanto de derechas, pero que en la transición lo ocultó hasta el punto de parecer del nuevo régimen y ser bien tratado por la izquierda.

Cela en los años cuarenta, por necesidad, fue censor funcionario del Estado. Fue delator como Kundera o Grass. Según me cuenta el prof. Fortes hizo algo indecoroso en las tapias. Fue falangista, aunque no evitó que le prohibieran la publicación de “La Colmena” en España, que tuviera problemas con la Iglesia por la publicación de “La familia de Pascual Duarte”.

En Cela distinguimos al escritor, al crítico y al intelectual. Al escritor, porque fue un animal literario. Recuerdo haberle oído decir que tardó cinco años en escribir la Colmena y que le habían salido almorranas de estar sentado. Aunque de su mujer Charo que le pasaba a máquina sus escritos no dice nada. Puedo garantizar que esa novela, de la que Cándida hizo tesina y que se metió en mi casa con todas las calles de Madrid, es muy compleja, polifónica y genial. Después escribió muchas novelas, casi a dos por año, pero era como vivir del cuento. El prof. De Bruyne me decía en Gante en los noventa que “La cruz de san Andrés” era fusilada, que “La catira” fue un encargo pagado a tutiplén, que repetía páginas enteras en otras novelas posteriores. Estoy de acuerdo con el prof. Pardo Fernández en que Cela no crea escuela. Tiene seguidores pero no discípulos. Cuando se habla de su aporte a la literatura española se suele remitir únicamente a la Familia de Pascual Duarte (1943), al Viaje a la Alcarria (1948) y a La colmena (1951). El vasto conjunto de su obra posterior parece destinado a la curiosidad.

Su faceta de crítico literario es poco conocida pero también muy fecunda. Las peleas de Lope, Góngora y Quevedo se quedan enanas comparadas con las de Cela y sus críticos. Divide a los críticos en dos grupos: los críticos ecuánimes, y los críticos de diatriba y ditirambo. Y reparte soplamocos a diestro y siniestro. Recuerdo las acusaciones de plagio con La cruz, la disección de la novela y del arte de novelar, el tener a mano el papel higiénico; todo tan bajo como chupar agua por el culo. Junto a eso hace crítica muy sensata, dice verdades como puños, pero uno se queda con la sensación de que no es justo.

Asiste como oyente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense, donde el poeta Pedro Salinas da clases de Literatura Contemporánea. Cela le muestra sus primeros poemas, y recibe de él estímulo y consejos. Este encuentro resulta fundamental para el joven Cela, que se decide por su vocación literaria. En la Facultad conoce a Alonso Zamora Vicente, a María Zambrano y a Miguel Hernández, y a través de ellos entra en contacto con otros intelectuales del Madrid de esta época. Durante la Transición española designarlo senador real para la época constituyente fue una decisión real, pienso que aconsejada por la marabunta madrileña. Cela es un literato y no un lingüista; por tanto, de lenguas, de nuestras lenguas y dialectos no sabía nada. Aunque por ignorante acierta en muchas cosas, dada su procacidad. Es gallego y no centralista, es moderno y no castellano antiguo, es renovador del lenguaje y no amanerado ni pudibundo, es totalitario y no muñidor de bandos, es hispanista y no españolista. Lo de intelectual, en el sentido de tener ideas claras y de saber proclamarlas, se lo concedemos. ¿Qué hizo en la Constitución del 1978? Salvo modernizar el vocabulario: decir que el color ‘gualda’ de la bandera no lo entendía nadie, o decir que había que precisar bien eso de ‘nacionalidad’, o el paradigma de algunos verbos, nada de nada. Para colmo el consenso no le permitió expresarse a gusto. A este intelectual lo admitió la RAE en su seno. Llegó a escribir un diccionario secreto, procaz, feo (como los cojones del cura de Serrapando) e inútil. Inútil porque esa palabra de ‘cojón’ es considerada malsonante por la misma Academia y remitida a ‘testículo’, que dista mucho de la definición celiana. Vamos que para lexicógrafo tampoco. Y yo sigo aquí, en el salón de estar, esperando la entrevista.